

Domingo Melfi (*)

Manuel Rodríguez (**)



N Tiltil, se celebra hoy el 117 aniversario de la trágica muerte de Manuel Rodríguez. Una romería patriótica va a refrescar en el sitio mismo de la caída del guerrillero los recuerdos extrañamente vivos de su dramática y apasionada existencia. El pueblo estará cerca del espíritu ágil del montonero, como lo estuvo en los días ya remotos de la «patria vieja». A distancia de más de un siglo, aun resuena su voz ardiente y todavía vaga por los campos, en brazos de la leyenda, la sombra juvenil y turbulenta del enamo-

(*) *Domingo Melfi* (1892-1946).—Es uno de los ensayistas más galanos y clarividentes de nuestra literatura. Crítico literario fino y perspicaz. Escribió gran número de artículos y ejerció la crítica literaria en el diario «La Nación», órgano del cual llegó a ser su Director. Durante largos años fué el representante en Santiago de la revista «Atenea».

Entre sus ensayos y libros destacan: «Portales», «Portales y Lastarria», «Indecisión y desengaño de la juventud», «El hombre y la soledad en las tierras magallánicas», «El viaje literario», «Estudios de la Literatura Chilena».

Como homenaje a su dilatada actuación al frente de «Atenea», que ahora cumple 25 años de existencia, reproducimos su simpático artículo dedicado a «Manuel Rodríguez», el más genuino intérprete del espíritu libertario popular de 1810.

(**) Tomado de «La Nación», domingo 26 de mayo de 1935.

rado inquieto, del forjador de tantas y tantas aventuras. La voz del pueblo lo llama «el mártir», y la historia todavía no puede justificar ese crimen monstruoso cometido en la sombra, por manos mercenarias. Una proyección del poder autoritario celoso del patrimonio de la emancipación lo tumbó en medio de la soledad campestre a mansalva, con fría premeditación.

Eran tiempos de tormenta. Tiempos de intrigas y de heroísmos. Todo junto lo amasó el drama de la independencia en la terrible caldera de las pasiones humanas. A medida que se libertaba trecho a trecho la angosta faja de tierra, del poder español, surgían vehementes y encarnizadas las pasiones y los odios. No era tan sencillo forjar un pueblo en la conciencia de su vida libre. Se pudo creer—y aun existen quienes así lo creen—que la emancipación fué sólo una columna extensa de héroes que marchaban del brazo, sin resquemores, hacia la inmortalidad. Pero debajo del corazón de los héroes, debajo de sus casacas bordadas y agujereadas, palpitan también la sospecha, el recelo, el rencor, la envidia, la ambición, la cólera. No eran héroes solamente. No eran guerreros que se burlaban a cada paso de la muerte. Eran hombres con todas sus gallardías y flaquezas, con todas sus arrogancias y debilidades. La distancia convierte en símbolos a los que actuaron en largas y desesperadas aventuras. La historia reduce, por la investigación, a las proporciones humanas, a los que se desmiden en su propia estatura. Por eso la historia busca hoy el acento humano como base fundamental, como revelación de la potencia interior que cada uno de ellos pudo y debió tener. Mientras más humano es un héroe, mientras más se acerca a los hombres en la medida de sus cualidades y también en la de sus flaquezas, mayor resonancia adquiere en el corazón de las multitudes.

Rodríguez concretó con sus actos y aventuras una especie de leyenda que nadie puede destruir, porque la hincó en el alma sencilla y milagrera del pueblo. Era el pueblo en persona. No había nacido en sus dominios, pero tenía la adivinación de sus

instintos y de sus esperanzas. Era el campo y el suburbio, la casa humilde y la chingana bulliciosa; la choza sostenida por horcones retorcidos en la linde del camino, y la fantasiosa arrogancia del que juega con la vida. La más sórdida vivienda de campo esperaba siempre la imprevista llegada del montonero. Y cuando esto ocurría, el pueblo sentía como si la choza se llenara de lumbré. Así fué Rodríguez. La esencia de la astucia campesina, el símbolo de la malicia y del heroísmo, la personificación del fatalismo corajudo de la raza. El pueblo se reconocía en él, y no hay pueblo alguno de la tierra que no sienta en su corazón el eco pasionado de las pisadas de los que lo representan por las acciones y las aventuras que cada uno de ellos, individualmente, sería capaz de realizar. *Rodrigue*, como lo mentaban en su jerga, tenía todas las formas proteicas con que el pueblo siente a los de su sangre. Se transformaba en arriero y capataz. Tan pronto era un soldado raso como un coronel de los ejércitos patriotas. Un día era un hacendado rico y horas más tardes, un peón de labranza. Y para que nada faltara en su psicología, era también versátil y levantisco, cazurro y dicharachero y jugaba con las mujeres como con la muerte. Esa misma veleidad que le hacía cambiar de amores sin entristecerse porque *está de Dios que así sea*, que le hacía saltar de una chingana al heroico trabajo de jugarse la vida por la libertad, que le hacía soportar sin quejarse los más duros sacrificios, cruzando sendas cordilleranas y atravesando, de noche, los campos llenos de soldados españoles, le identificaba en cierto modo con el carácter aventurero del pueblo. Con el húsar estaban temblando de emoción los que le conocían y los que sólo le habían oído nombrar en las veladas campesinas o en los corrillos de los suburbios, a través de la leyenda y de la anécdota, en medio de la pintoresca reverberación de sus fulgurantes hazañas.

Fué perseguido, primero, por los españoles, y luego, por los propios patriotas. El drama de la emancipación tiene, en la apariencia, estas contradicciones. ¿Quién podía soportar la grande-

za de unos, frente a la grandeza de otros? La emancipación creó junto con la libertad el derecho de la fuerza. Triste conclusión. Para vencer la propia tormenta interior, desencadenada por la libertad, era preciso volver a encadenar la libertad conseguida a costa de tantos y tan dolorosos sacrificios. Eso intentó O'Higgins. El torbellino revolucionario no dejó piedra sobre piedra. Y debajo de cada piedra, se removía un recelo, temblaba una sospecha o una traición.

Todos recelaban, porque todos se sentían vinculados al gran drama en que se habían roto las cadenas de la servidumbre. Rodríguez había sido uno de los héroes. Había contribuido con su heroísmo y con su inteligencia, a afianzar la obra emancipadora. No había dado paz al español, persiguiéndolo y hostigándolo. Un día lo turbaba en sus propios reductos, y horas después su caballo chileno, sobre el cual se erguía la fina silueta del audaz montonero, se recortaba, nervioso, en la arista más encumbrada de un cerro. Tenía el diabólico don de la ubicuidad. Penetraba en la propia capital, mientras su cabeza había sido puesta a precio por Marcó del Pont, e iba a abrir la portezuela del coche del propio gobernador. Recibía, sonriendo, la moneda de plata que le arrojaba el estirado señor del reino de Chile, y la lanzaba al aire, para recogerla con un gracioso gesto de su mano. No temía. Jugaba con el peligro. Y sus propios amigos temblaban cuando le veían llegar de pronto a los salones para escuchar lo que se decía y descubrir los planes españoles, que luego enviaba a San Martín, a Mendoza, en donde se preparaba la expedición libertadora. ¿Quién era capaz de cogerlo vivo? ¿Quién podía traerlo atado a la capital, desde los campos donde merodeaba, formando y levantando montoneras, para escarmiento de los aborrecidos patriotas, infieles del Rey? Nadie. Todo el campo era cómplice de la astucia del guerrillero. Toda la montaña chilena con sus sendas tortuosas, con sus matorrales espesos y sombríos, todas las chozas y todas las mozas campesinas enamoradas de su coraje, eran cómplices del inquieto revolucionario.

Su popularidad alcanzaba un límite nunca conocido. Su espíritu travieso no tenía paz. Era un ser turbulento, vivo, lleno de recursos. Cumplida la obra de la emancipación, expulsados los españoles, todavía el guerrillero quería continuar su vida extraña de aventuras. ¿Qué quería? El había sido gran amigo de los Carrera. Especialmente de don José Miguel. La fracción carrerina maniobraba en la sombra, tendía sus hilos inteligentes y esperaba algún día derribar la prepotencia de O'Higgins, el dictador. Y a pesar de que Rodríguez le había hecho una revolución a Carrera, ahora sentía la necesidad de hacérsela a O'Higgins, para afianzar el poder del donairoso héroe que vivía en el destierro. Las fracciones santiaguinas se hacían una guerra enconada. No había paz, porque todos aspiraban a manejar el poder. La aristocracia colonial se sentía herida en sus privilegios, y el partido de los carrerinos quería, también, ser el amo de esta República recientemente libertada.

El espíritu democrático de Rodríguez no podía tolerar el espectáculo de una dictadura. Pero, en verdad, su temperamento díscolo no se avenía con ningún poder. Simbolizaba, también, el descontento, ese rasgo del carácter chileno que no puede transigir con el que está arriba. O'Higgins lo llamó un día a su despacho para significarle que su conducta revolucionaria era peligrosa para la paz pública. Y le ofreció mandarlo fuera de Chile con una misión diplomática. Rodríguez rehusó, y le dijo: «Usted ha conocido, señor Director, perfectamente mi genio. Soy de los que creen que esto de los gobiernos republicanos, deben cambiarse cada seis meses o cada año, lo más, para que, de este modo, nos probemos todos. si es posible; y es tan arraigada esta idea en mí, que, si fuera Director y no encontrase quién me hiciera la revolución, me la haría yo mismo. ¿No sabe usted que también se la traté de hacer a mis amigos Carrera?».

Era su genio levantisco. Su descontento, más que todo, quizá un rasgo típico de ese humor chileno que nunca ha podido concebir que otros manden. No era en él, la voluntad de derribar,

aunque la dictadura de O'Higgins le pareciera excesiva y violenta. Es que su naturaleza no se acomodaba con la tranquilidad. Había crecido en medio de las luchas, sintiendo el peso de la autoridad colonial, la servidumbre de sus hermanos, y se esforzaba, quizá sin entender el momento terrible de la vida chilena, en cambiar un gobierno que lo perseguía y que no daba cuartel a los díscolos. Los Carrera habían sido fusilados en la otra banda. ¿Qué otro destino le esperaba?

Debía ser eliminado en homenaje a los altos intereses de la patria. Así lo decían los que manejaban el poder. Su conducta era un peligro. Su popularidad, una amenaza. Pero la nacionalidad apenas en mantillas quería que nadie pusiera obstáculos a su camino. Una revolución no se concibe sin víctimas, y es natural, como se ha dicho, que una revolución devore a sus propios hijos.

La suerte quedó echada, cuando el guerrillero demostró que no era de la pasta de los conformistas. Salió por orden superior, de la cárcel, con el regimiento que debía llevarlo hacia Valparaíso. Es decir, hacia la muerte. Iba con los mercenarios que llevaban la orden de matarlo. Su buen humor se quedó en un doloroso y sombrío silencio. Sabía que el destino no se tuerce. Y lo encaró con el mismo desenfado con que tantas veces había burlado la muerte, en sus correrías audaces por los campos, y frente a las balas enemigas. En la noche espesa y neblinosa de Tiltil, entre los cerros, le dispararon por la espalda.

«No me mates, Navarro—gritó—toma este anillo que te dará suerte»...

Aun el alma fatalista esperaba la salvación. Lo trataron como a un perro, a él que había hecho tanto por la libertad. Era una víctima, pues, de esa libertad a la que había contribuido a robustecer. Después de su muerte, a lo largo de todos los caminos de Chile, el alma popular encendió las velas con que la piedad campesina recuerda a sus seres queridos. Muchos años pasaron, hasta que el viento del tiempo fué apagando una por una

esas lucecillas medrosas. Pero nada ha podido apagar en el corazón del pueblo la lumbre misteriosa de esa naturaleza que se identificó con él, y le ayudó generosamente a salvar todas las dificultades que se oponían a la libertad de Chile.